



CREATIVIDAD, COMUNICACIÓN Y ARTE

DR. JUAN GRIJALVA

A lo largo de la historia, el don de la creatividad se ha visto rodeado de misterio y ha sido reverenciado o temido como un atributo sobrenatural. Todas las civilizaciones antiguas lo divinizaron a través de sus dioses. Así, los griegos elevaron a Apolo como el numen de la luz y protector de las musas. Erigieron a Prometeo como el titán iluminador que da el fuego a los hombres.

Entre los pueblos prehispánicos se consagró a Quetzalcóatl, el Tezcatlipoca blanco, como la deidad náhuatl que personifica tanto la luz como el viento, dios de la sabiduría, de la generación y el nacimiento. También emerge Kukulcán, divinidad maya que se aúna a la anterior, pues simboliza la creación por antonomasia.

En la Edad Media, la servidumbre y la sumisión total a los poderes de la tierra y del cielo, provocan aún más en el hombre el temor hacia todo aquello que se sale de lo común, de suerte que la originalidad creativa es vista con estupor y con sospecha. Los que sobresalían en alguna ciencia, los que se distinguían en la alquimia, en la anatomía o en el arte, despertaban suspicacia, si no espanto, y algunos terminaron quemados como brujos o herejes. Por entonces se atribuían sus poderes milagrosos y sus excepcionales habilidades al diablo más que a Dios, pues, a fin de cuentas, sabemos que el diablo, desde el paraíso, ha sido la personificación de la originalidad, de la insurgencia y de la libertad, frente al dominio del Dios o de los dioses todopoderosos y opresivos.

[170]



Más tarde se siguió pensando que los prodigios intelectuales se relacionaban con poderes sobrehumanos y se continuó considerando a los grandes creadores como de una distinta especie antropológica. Cínicos como Lombroso afirmaron que estas potencias de excepción no eran más que desequilibrio enfermizo, un capricho de la naturaleza, productos de un cerebro hipertrofiado o de una degeneración mental. Después de todo, se argüía, quién puede ser más original que un lunático cuya imaginación equivale a la de un sueño.

No fue sino hasta finales del siglo XVIII que empezó a investigarse sistemáticamente el tema de la creatividad desde un punto de vista más objetivo.

Desde entonces ha sido obsesión de antropólogos y psicólogos, filósofos y médicos, genetistas y sociólogos. Hay abundancia de pruebas de que el afán de creación y originalidad son impulsos hondamente arraigados en el hombre. Hay pruebas neurofisiológicas y psicológicas que permiten asegurar que el empeño de ser original y creador está “integrado” en el sistema nervioso central, es decir, instalado anatómica y fisiológicamente en pleno cerebro. A nadie escapa que algunas épocas parecen propiciar más la creatividad humana que otras. Es el caso de la Atenas de Pericles y el del renacimiento italiano, por ejemplo, en los que un nuevo espíritu de libertad pareció estimular el surgimiento de grandes creadores en todos los campos.

Pero en un mundo como el nuestro, que ya casi nada tiene de auténtico, en el que la humanidad y cada hombre en particular carecen realmente de voluntad libre, en que se está gobernado por anónimas autoridades cuyo poder traspasa las fronteras de los países y la intimidad de cada individuo, es peligroso y aun está prohibido ser original y creativo.

En esta atmósfera de impalpable asfixia, todo genuino creador es un temible gozne que se desconecta y desarregla, una tuerca que salta y pone en peligro



la máquina social, ese lubricado artefacto que busca taimadamente y por todos los medios la uniformidad y el adocenamiento de todos los hombres.

De ahí que cada vez sea más difícil cualquier forma de autorrealización auténticamente personal, que responda de verdad a las metas genuinas de cada individuo.

A mayor abundamiento, éste es un mundo en el que las mayorías sufren carencias e injusticias sin cuento. Son excepcionales los que tienen el tiempo, la libertad y la prosperidad suficientes para escudriñarse hasta encontrar sus talentos dormidos; rastrear todas las huellas que les revelen el sentido de la vida, que les permitan desarrollar sus gérmenes en potencia y les posibiliten el entenderse a sí mismos y a los otros.

Pero es en este mundo en el que el hombre tiene que crecer y desarrollar sus fuerzas creativas por modestas que sean. No se intenta aquí hacer interpretaciones psicoanalíticas sobre el acto de la creación, ni menos de modo especial sobre la obra de arte, pues son fenómenos que por la índole misma de su naturaleza inescrutable esquivan todo análisis. Tampoco se trata de fatigar con un nuevo concepto de la creatividad, ni menos de delimitar su extensión. Se intenta solamente discurrir sobre algunos aspectos de ella y de modo más detenido, sobre los que se refieren al arte.

Quizá podamos concordar en que la finalidad de todo ser humano, es, en cierto modo, transformar los elementos naturales que encontró en el curso de su vida y convertirlos, mudándolos con su esfuerzo, en un producto diferente y mejorado. Que la realidad que halló al nacer quede así, aunque sea de mínima manera, acrecentada cuando él desaparezca.

Si convenimos en que este mundo humano debe prosperar un poco, en algún sentido, con el paso de cada individuo por él, ningún hombre estará exento de este deber y de este privilegio. Ésta será su única



posibilidad indiscutible de eternidad. Su misión se habrá cumplido si al irse dejó, con su labor y su invención, al menos un leve vislumbre en la penumbra.

El que aporte un poco de vida vibrante, de afecto, de conocimiento o de belleza, reivindica su paso sobre la tierra. Si no lo consigue siquiera en modesta dimensión, su existencia habrá carecido de auténtico sentido.

Convendremos entonces que contribuir, aunque sea módicamente, a producir un hálito nuevo que preserve y si es posible engrandezca y perfeccione este mundo, debe ser la meta de cada ser humano, nacido para desarrollarse y florecer, darse y dar a los otros lo más auténtico de sí.

Transformar su ser, siquiera por un instante, en un poema. Sin duda crea tanto el que planta la simiente y arranca el cardo ponzoñoso que la ataca, como el que descubre un nuevo secreto del cosmos, inventa un nuevo sonido, un nuevo color, se inflama en un instante de afectuosa pasión, o azuca a su alma a amotinarse en un punto en que, rompiendo amarras, se une en comunión de belleza artística con los otros y con el todo.

Estos diversos aspectos de la vida del hombre, que pudieran llamarse genéricamente “creación”, han preocupado al psicoanálisis desde que se originó.

Freud obtuvo de sí mismo y de los seres a los cuales trató una sinfonía inaudita insospechada antes de él. Al aplicar su método extrajo del inconsciente del hombre sonidos revolucionarios que han fecundado todos los campos del conocimiento, y cuya vibración han ido acrecentando hombres como Fromm. Y sin embargo Freud no alcanzó a percatarse de la autenticidad de esta orquestación humana que descubriría. Pensó, a pesar de su exquisita sensibilidad creadora, que los altos frutos de la mente humana y de modo especial, el arte, no eran sino derivados del impulso sexual, que ciertos hombres podían llegar a transformar mediante el proceso que llamó su-



blimación. Éste es, según él, una suerte de mecanismo mental que se opera en el interior de algunos seres humanos que tienen la energía suficiente para someter sus impulsos libidinales sexuales. Éstos quedan sacrificados en su satisfacción que es el placer erótico y su fuerza desviada a producir logros culturales más aceptables y elevados socialmente, entre los que debe contarse la creación en todas sus formas.

Aún en sus últimas reflexiones, Freud, que fue un gran creador y un gran admirador del arte, amén de ser un poético artista por derecho propio, no logra rescatar estos elevados productos de la mente humana de su condición de sucedáneos del sexo en que los había dejado. Nunca consigue reivindicarlos como lo que son: potencias enteramente nuevas y auténticamente sui generis en el hombre; las que precisamente lo singularizan del resto de los seres vivos.

Si admitimos este punto de vista de Freud, tendremos que concluir que los más egregios logros de la creatividad humana, ya científicos, artísticos o místicos, son sólo vestigios del sexo torturado. Que el hombre que se absorbe en la teoría de la relatividad o en la mecánica cuántica, en la contemplación del Taj-Mahal de Agra o en la audición de *La flauta mágica* de Mozart, sólo alucina espejismos, sólo intenta atrapar espectros consoladores, resultantes de un engaño al sexo.

Fromm ha venido, junto con otros, a rescatar la legitimidad de la creatividad del hombre. Para él esta capacidad es eminentemente humana y nos distingue del resto de los seres. Los físicos, los biólogos, los metafísicos, los psicólogos: todos aquellos que demandan a la vida los secretos de sus orígenes y de sus fines, se muestran orgullosos de sus investigaciones hasta que son conducidos tarde o temprano ante el enigma del cómo y el porqué, y siempre en algún punto de sus búsquedas hay algo que se les escapa.



Sus disciplinas se estrellan ante el arcano de la naturaleza y el hombre. Su último misterio se les evade, se desliza de sus manos, huye y se hace inalcanzable. La incógnita final ofrece revelárseles a cada paso, quizá tras aquel recodo, a la vuelta de este obstáculo, pero el investigador sólo alcanza a atrapar una vana sombra que se esfuma entre los dedos. Sus herramientas eficaces en otros campos, aquí capitulan. Porque en este punto se enfrenta a la luz cegadora que emerge de la más alta creación. Está ante la inmensidad móvil del poema que el hombre canta, olvida, recomienza a cantar y a olvidar de modo obsesionante y repetido desde que es hombre. Está, en suma, ante ese portento inexplicable que es la creación de la belleza artística, ese asombro que desborda de tal modo la mira limitada de la biología, la filosofía, la historia y aun la psicología, que éstas renuncian a aprehenderlo en toda su magnitud y su misterio. El arte, que expresa la vida en su punto más alto, es enigmático como ella. Escapa como ella a toda fórmula. Es invulnerable al taxidermista que busca miopemente disecarlo y encasillarlo como a los demás fenómenos humanos.

Pero la necesidad de definirlo nos persigue, porque el arte se mezcla, démonos o no cuenta, a casi todas las horas de nuestra existencia para magnificar y aun eternizar los aspectos del universo humano en sus formas más elevadas, así como en las más deshonradas y despojadas.

Cualquiera que sea nuestra repugnancia a hacer el esfuerzo de escuchar o mirar, nos es imposible no oír o no ver. Nos es imposible renunciar totalmente a hacernos una opinión sobre el mundo de las apariencias, en el que el arte tiene precisamente la misión de revelarnos el sentido.

Porque la belleza del mundo y del arte nos sitian, demuelen nuestras murallas interiores por resistentes y ciegas que sean y, aun sin percatarnos, nos inundan. Por un instante, nuestras más dolorosas



mezquindades se eclipsan y nuestra intimidad se abre y se entrega al hecho artístico, sin defensa. El ser se transfigura.

El arte, entre otros altos hechos humanos, rehabilita al hombre sobre la tierra. Sus creaciones de belleza contribuyen a justificarlo y absolverlo.

Esta fracción de tierra en que vivimos estará rehabilitada mientras alguien perciba el insigne clamor de Palenque imponiéndose a la selva que no consigue ahogarlo. El canto que se eleva de la pirámide del Adivino y el Palacio del Gobernador en Uxmal. El vaho y el rumor de dioses que se desprende de Teotihuacan. El vuelo lírico de algunos fragmentos de Sor Juana. La profunda conmoción de los murales de Orozco. Las insondables intuiciones de *Muerte sin fin* de Gorostiza.

Buena parte de lo demás que ha ocurrido en nuestra historia, son sólo pasos a tientas en una penumbra de siglos. La estirpe humana se reivindica por la vibrante intensidad que ha logrado coagular en *La Eneida* de Virgilio, cuya pasión envuelve todos los seres que toca, alcanzando las últimas fronteras de la clemencia en el episodio del amor agónico de la reina Dido.

Por el hombre hablan logros como la inolvidable cabeza de Nefertiti, que legó Egipto entre tantas otras obras, donde la gracia y la elegancia indefinible de “lo femenino” quedaron capturadas para siempre.

También la especie perdura porque ha erigido las naves ojivales que ascienden interminablemente desde hace siglos en las catedrales góticas, a veces con impulso tan enloquecido por arrancarse del suelo y perderse en las alturas, que, como en Beauvais, flotan en el aire y jamás pudieron ser terminadas.

Sobrevive el hombre por ese adiós transfigurado que legó Shakespeare en *La tempestad*, su penúltima obra: mágica como los espíritus que la pueblan, transparente y vaporosa como los seres fugitivos que



la cruzan, que se expresan en un lenguaje hechicero, casi sobrenatural.

Vindican a la humanidad, de igual manera, los últimos cuartetos que compuso Beethoven, porque en ellos concibió algunas de las más profundas meditaciones sobre el hombre y sobre el cosmos.

Y estas obras, entre otras muchas, no sólo son milagrosas por su presencia, sino por la virtud que poseen de despertar, en quienes se les acercan de verdad, su propia creatividad interior. Cada ser humano que contempla de verdad y con disposición apasionada la obra de arte, logra dentro de sí una revolución inesperada: asciende a la altura del artista de modo que recrea nuevamente la obra. Se suscita otra vez dentro de él el prodigio, y el hecho artístico emerge de nuevo, recién nacido, en toda su novedad, en toda su frescura.

Es el momento en que cada amante del arte re-escibe su *Fausto*, vuelve a esculpir su *Moisés*, o una vez más compone su *Tristán e Isolda*. El punto en el que cualquier hombre puede remontarse como el artista creador al instante único de la creación y vivir con él, de acuerdo con sus propias fuerzas, el encantamiento, la acción de sacar de la nada, el milagro del arte. Solemos olvidar que todos llevamos dentro nuestra versión de la verdad y la belleza. Que poseemos nuestra parcela de creatividad, y que sólo la haremos fructificar si tenemos el deseo persistente de buscarla y rescatarla, y el entusiasmo de proclamarlo.

Sólo si nos dejamos incendiar por la pasión que agita la bóveda de la Capilla Sixtina, o por el impulso alado de los templos que se remontan en Chichen-Itzá, podremos penetrar en el gran enigma y contagiar a nuestros semejantes. Sólo así puede entenderse que “el arte resume la vida”, la ennoblecza y la levante.

Es imposible que el oriental que concibió el *Bhagavad Gita* o que elevó *Persépolis*, que el florentino



que imaginó *La divina comedia*, que el náhoa que esculpió el vertiginoso secreto de la Coatlicue, separados por milenios, por geografías, por nacimientos y por envejecimientos, se sirvan de los mismos signos y de las mismas palabras. Sólo es necesario que hagamos el esfuerzo de reconocernos en ellos a través de sus obras, que al fin de cuentas apelan a algo común a todos los hombres.

Cada una de dichas obras nos retrata al hombre y al universo que lo envuelve. Ellas fijan la eternidad móvil en su forma momentánea. Pero sobrepasan el instante humano en que fueron creadas y se extienden y tienen sentido para toda la duración del universo.

Por esto el arte es el llamado para la fusión de los hombres, trátese de la turbulencia trágica de las pinturas de Tintoretto o la agitación lúgubre que vaticina el frío de la muerte en los lieder del *Viaje de invierno* de Schubert.

Sorprende además que obras artísticas separadas entre sí por decenas de miles de años y por distancias enormes, posean la misma capacidad de despertar en el espectador la virtud de volver a concebirlas y parirlas, como si el tiempo y el espacio no existieran y se fuera igualmente contemporáneo y consanguíneo del artista de la última hora a la vez que del arcaico creador del período glacial. El amante del arte puede recrear con igual intensidad la manada de bisontes rupestres de las cuevas de Altamira, que probablemente no cuenten menos de treinta mil años de existencia, tal como lo hace con las últimas pinturas de Kokoschka o de Kandinsky o aun del reciente "Arte Pop". Revive el más remoto canto gregoriano del mismo modo que la *Medea* o cualquier otra de las más actuales obras musicales de Iannis Xenakis, a pesar de sus sonoridades nunca oídas, sin raíces en ningún pasado, sin relación alguna con lo producido hasta el presente.

Sin embargo, las más arcaicas obras de la edad de



piedra, tanto como las de hoy, son invenciones del arte con el poder común de despertar al artista que yace oculto en casi todo hombre, y de encontrar su camino hasta algo dentro del ser, que está oscuro y latente; algo mas viejo que él mismo, que quizá se ha heredado a todo lo largo de la especie.

El artista, acéptelo o no, crea un lenguaje universal que requiere de otros hombres que lo capten y completen. Interroga a todos en la esperanza de que terminarán por entenderle y contestarle. Su función es extender su ser, dar lo más posible de su vida a todas las vidas; exigir a todas las vidas darle lo más posible a él, a su obra. Realizar con ellas una colaboración misteriosa, una armonía, tanto más conmovedora cuanto que una innumerable multitud de otras vidas de todos los tiempos y lugares vinieron y vendrán a participar en ella.

El artista, a quien los hombres entregan todo, les devuelve magnificado lo que les ha tomado. Pero el artista somos nosotros mismos. Cada hombre que participa en la creación del arte y en su contemplación y recreación, contribuye a producirlo constante e inacabablemente, hasta que sólo quede un solo hombre sobre la tierra.

Al fin de cuentas somos todos nosotros quienes escribimos indefinidamente el libro inmenso donde Cervantes ha relatado cuánto el ser humano ha sido y será vulgarmente terrenal y práctico y cuánto ha sido generoso y visionario. Cuánto se aferra a este pedazo de burda realidad convenenciera y cuánto se aventura y arriesga persiguiendo a veces una quimera, una utopía o un ideal.

El milagro de la creación artística es lograr que hombres comunes rehagan, al nivel de sus fuerzas, las obras de hombres superiores coronados por el genio.

Numerosos son aquellos para quienes el arte sólo es un juego, superior, cierto, pero un juego, una diversión. Numerosos son aquellos que lo reverencian



sólo por conformismo y conveniencia; pero ocultando hacia él un secreto desprecio, o un mal disimulado hastío por su supuesta “inutilidad” y “pesantez”. Algunos no están lejos de considerarlo como un lujo para los poderosos. Muchos otros prefieren ignorarlo. Sin embargo el arte es una función esencial del hombre, indispensable al individuo como a la sociedad, y que se ha asociado a ellos como una necesidad, desde sus orígenes prehistóricos. Como una de las más altas empresas, si no la más alta, para vencer y aniquilar la muerte y difundirse en la eternidad.

Por el lenguaje artístico el humano se expresa del modo más elocuente y por él se comprende, se comunica y se realiza del modo más memorable. Es él el que más se aproxima a recorrer el velo y descubrir el sentido inescrutable de la vida. Es una suerte de respiración del alma, bastante análoga a aquella física sin la cual nuestro cuerpo perece. El ser o la civilización que no tienen acceso al arte están amenazados de una secreta asfixia espiritual, de un trastorno existencial similar al de un día infinito en el que faltara el sol.

El psicoanalista verdadero, se dé o no cuenta, toca en el corazón del analizando como en un indefinido teclado descubriéndole algunas de sus sonoridades que desconocía. Le hace oír la música de la vida que yace dormida en sus profundidades y que él mismo podría desplegar.

Tañer el inconsciente del hombre y arrancarle por primera vez su canto fue el hallazgo de Freud, que algunos atisbaban desde el fondo de los tiempos, pero nadie sospechaba en toda su dimensión.

No se acalla todavía el coro de sorpresa que ha producido el descubrimiento de la creatividad del inconsciente, que se extiende sin cesar por todos los caminos del conocimiento. Explorarlo es una de las tareas más debatidas en la actualidad.

Toda creación artística emerge del inconsciente,



ese subsuelo del alma de donde el misticismo, el descubrimiento científico y el sueño, extraen sus más profundas intuiciones.

Procede de lo más recóndito del ser, como si surgiera desde el abismo de las edades prehumanas o de un mundo sobrehumano de luz y oscuridad visionarias.

¿Qué es pues el arte? Nos acomete la sospecha de que es, a fin de cuentas, la resonancia de esa gran voz que nos congrega desde el fondo de los siglos como una gran devoción, aun sin que nos demos cuenta. La que nosotros, a nuestra vez, transmitimos por el fervor del entusiasmo, de eco en eco, en toda la duración de las generaciones.

Entrevemos que es el sentimiento de unión ilimitada que los místicos, por un sendero nada ajeno ni distante al de los artistas, han luchado siempre por recapturar, en ese su nivel superior de desarrollo.

Este debe ser sin duda el reino en el que se origina la antigua fuerza unitaria de la que surgen la danza y la canción; el misterioso temblor de los relatos homéricos; las cabalgatas vertiginosas de toros y de hombres pintadas en los milenarios frisos rupestres; la potencia acumulada en las esculturas de las grandes cabezas de La Venta o de la isla de Pascua. De ahí debe brotar, seguramente, el espanto sagrado de todos los *Guernicas* que se hayan pintado o vuelvan a pintarse.

Y a este reino también el hombre común tiene acceso, si la contemplación activa de la belleza lo ha puesto en estado de gracia. Entonces él también tiene el poder de levantar en vilo, con su sola mirada, el Partenón, Copán o Machu Picchu. Por ello, cada vez que alguien relee un soneto de Quevedo lo resucita y lo reinventa y, una vez más, resuena en un confín del mundo su verso: "Polvo serán, mas polvo enamorado."